

CAPITULO LIII.

Descubrimiento del Golfo de Parias.

No habia pasado media hora desde la escena que acabo de referir, cuando una nueva canoa, en la que solo iban cuatro ó cinco hombres de los que poco ántes habian huido, se acercó majestuosamente hasta una de las carabelas, y el que hacia de jefe habló con el piloto.

No pudieron entenderse; pero obedeciendo las órdenes que habia dado Colon, les hizo el marino varios regalos, que les pusieron muy contentos, dando á entender con su fisonomía la gratitud que experimentaban por aquel agasajo.

El piloto quiso apoderarse á toda costa de aquellos indios para conducirlos á bordo del buque de Colon y realizar su deseo de interrogar á los habitantes de aquel país; y al efecto apenas fué invitado por los indios á saltar en tierra, manifestó acceder á sus deseos.

Pidió licencia al almirante para ir á tierra en el bote, y al ver los indios desde la playa que no iba en pequeñas embarcaciones el marinero con quien habian hablado, y que aquel se dirigia á otro de los buques, recelaron una emboscada y corrieron á ocultarse en las selvas.

Todos estos eran indicios de civilizacion.

Su carácter receloso hizo entrar en deseos, no solo al almirante, sino á los que iban con él, de visitar el país y conocer á sus habitantes.

En Colon produjeron gran curiosidad.

Creia el navegante hallarse en el sétimo grado de latitud, y con este motivo no dudaba que los habitantes de aquellas comarcas serian muy semejantes á los de las posesiones de Africa conquistadas por los portugueses, ó lo que es lo mismo, achaparrados, negros y con cabello crespo y lanudo.

Pero se equivocaba.

No era el sétimo grado de la latitud, sino el décimo en el que se hallaban, y los habitantes que hasta entónces habia visto eran esbeltos, tenian cabello largo y el color de su cutis era mucho más blanco.

Asimismo se habia equivocado suponiendo que el clima seria en extremo caluroso.

Por el contrario, era apacible, y los marineros gozaban respirando aquel aire puro y embalsamado, y recreando sus ojos en aquellos paisajes pintorescos.

—¿Qué hacemos, almirante? dijeron los pilotos á su jefe.

—Buscar un buen anclaje en la punta del Arenal, y explorar el terreno.

Los marineros querian desembarcar y refrescarse un poco en los bosques cercanos.

—Que vayan enhorabuena, dijo Colon, dispuesto siempre á defenderse, pero nunca á atacar.

Con inmensa alegría supieron los tripulantes esta concesion de su jefe.

Desembarcando en tierra, buscaron con avidez agua, y no la hallaron.

Pero haciendo hoyos en la arena, no tardaron en hallar el agua suficiente para llenar las pipas.

Colon, que no perdía un solo instante de vista la seguridad de su navío, vió mientras tanto que el punto que habia escogido para anclar era peligroso.

Desde Levante pasaba una corriente rápida por el estrecho que formaba la Trinidad y la tierra firme.

La corriente se estrechaba y hervía con estruendo entre la punta del Arenal y la que él creía tierra firme.

Por un momento creyó que aquella corriente hallaba en su camino bancos y rocas, y si así era, las embarcaciones estaban en peligro en cuanto el viento las empujase hacia aquellos escollos.

En su afán de dar nombre a todos los parajes que descubría, dió á aquel estrecho el nombre de Boca de la Sierpe.

Difícil era la situación en que se hallaban.

Las corrientes estorbaban su vuelta, le impedían el paso por un lado, en tanto que por el otro las rocas, que se rompían al ímpetu del agua, amenazaban destruir los cascos de las embarcaciones.

A ésta pesadumbre unía los dolores de su enfermedad.

En la noche del día en que había visto las dos canoas de que ya he hecho mención, se sintió fuertemente atacado de la gota, y no tuvo más remedio que confiar á un piloto la vigilancia que él tenía.

De pronto llegó á sus oídos hacia el lado del Sur un ruido aterrador.

Olvidándose de sus dolores, abandonó su camarote para salir á cubierta, y llegó á tiempo en que el mar, levantándose y formando una encrepada sierra, en la que la espuma reemplazaba á la lluvia, se precipitaba con un ímpetu, con una furia horrible, hacia su embarcación.

Hubo un instante en el que se creyó perdido el almirante.

Su misma carabela, oscilando violentamente por aquel inesperado empuje, se elevó á tal altura, que Colon y todos los marineros, cerrando los ojos y encomendándose á la Providencia, creyeron segura su muerte.

Tal vez les esperaban al caer las escarpadas rocas en donde el mar iba á labrar su tumba.

Comprendiendo Colon los inminentes peligros que le rodeaban, dispuso al día siguiente que partiesen los botes y sondeasen la Boca de la Sierpe, con el objeto de averiguar si podrían pasar fácilmente por ella las embarcaciones.

La respuesta de los marineros no se hizo esperar, y fué favorable.

Colon se hizo á la vela, pasó aquel estrecho y no tardó en hallarse en una mar tranquila.

A su izquierda se extendía el extenso golfo, conocido en la actualidad con el nombre de Golfo de Paria, nombre que le daban los indígenas.

La tranquilidad del agua le hizo creer que no pertenecía al mar, y se convenció de esto probándola.

Era agua dulce.

Hacia el Noroeste de la isla divisó una montaña, y navegó hacia ella.

Poco después descubrió dos elevados promontorios: el primero en la isla de la Trinidad, y el otro en el Cabo de Paria.

Ignorando Colon que pertenecía á una misma isla le dió el nombre de isla de Gracia.

Un estrecho, mucho más peligroso que la Boca de la Sierpe por estar rodeado de rocas, en las que se rompía la corriente, apareció á su vista.

Púsole el nombre de Boca del Dragon, y para evitar los escollos viró al Norte, siendo su ánimo buscar por aquel camino la alta mar y llegar á la isla Española.

La costa que tenía á su izquierda ofrecía muchos y cómodos puertos.

La campiña era en extremo risueña, y de cuando en cuando veía árboles frutales y espléndidos bosques, regados por caudalosos ríos.

Cuanto más adelantaba, más dulce y más clara era el agua. Pero por más que hacia para enterarse de las condiciones de aquel terreno por los naturales del país, ménos lograba descubrirlos.

El día 6 de Agosto mandó arrojar el ancla en un paraje en donde vió mayores muestras de cultivo que en los demas que habia recorrido, y una vez allí, envió las lanchas á la playa.

Pero aunque encontraron huella de séres humanos, no les fué posible descubrirlos, razon por la cual volvieron á las carabelas y continuaron el camino hácia Occidente, entrando en un pequeño espacio, en el que se detuvieron.

Allí les sorprendió la aproximacion de una canoa con cinco indios, y se acordó apoderarse de ellos tendiéndoles un lazo, à fin de que satisficieran la curiosidad del almirante.

Los indios se dirigieron á la carabela más próxima, poseídos de una viva curiosidad.

El capitán, simulando deseo de acompañarles hasta la playa saltó á la canoa con algunos marineros, y sorprendiéndolos, los aprisionó.

Inmediatamente fueron conducidos á la carabela del almirante.

Los pobres indígenas estaban asustados.

Creian que habia llegado su última hora, y todo indicaba en su semblante un profundo terror.

No tardó Colon en disipar este miedo.

Tratándoles con la mayor amabilidad, manifestó que, si se habia apoderado de ellos, era para quitarles el recelo que tenían y colmarlos de regalos.

Les dió cuentas de vidrio, espejos, cascabeles y otros objetos, y los mandó en seguida á la playa, tranquilos y confiados ya, para que refriesen à sus compañeros la benévola acogida que les habia dispensado, y fuesen éstos á darle los informes que deseaba.

CAPITULO LIV.

Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel país.



Los resultados correspondieron á sus deseos.

A poco de llegar á la playa los indios prisioneros volvieron con multitud de indígenas, y lanzando al mar sus ligeras canoas, no tardaron en rodear las carabelas.

Eran como los que hasta entónces habia visto en aquella costa: altos, esbeltos, bien formados, con cabellos negros, é iban armados con flechas y rodelas.

Al dirigirse á las carabelas, ofrecieron á los navegantes pan de maíz y una bebida de un sabor parecido al de la cerveza.

Desde luego llamó la atencion de Colon la manera que tenían de apreciar los objetos.

El sentido que parecia en ellos más desarrollado, era el del olfato.

Todos los objetos eran apreciados por ellos, ántes que con los ojos, con las narices.

Los abalorios, espejuelos y demas chucherías, no despertaron en ellos gran curiosidad.

Pero los cascabeles les entusiasmaron.

Tambien el bronce fué agradable á su olfato, toda vez que despues de olerle exclamaron en su idioma que aquel metal procedia del cielo.